

dejaron sentir de nuevo en la Europa Central su gusto por el arte geométrico. Así, el antiguo arte neolítico europeo contribuyó no poco á la formación de los temas ornamentales de los estilos de la Edad media.

RESUMEN.— En el último período glacial, las poblaciones prehistóricas europeas tienen especiales aptitudes para el arte. La escultura parece anterior á la pintura, son notables los objetos labrados en asta de reno, el animal característico de esta época. Las pinturas de las cavernas reproducen en vivas representaciones los animales que cazaban estas tribus prehistóricas.

Al retirarse las nieves, aparecen la fauna y flora actuales y vuelve el hombre prehistórico á labrarse útiles de piedra. Conoce el bronce y la cerámica, se levantan en Europa los monumentos megalíticos ó de piedras grandes, sin labrar: dólmenes y menhires, y en las islas del Mediterráneo los *talayots* y nuragas. El arte ornamental decorativo es geométrico con espirales y entrelazados curvilíneos, llamado de la Tene por este lugar de Suiza donde se encontró una estación muy importante con objetos de este período.

BIBLIOGRAFÍA.— Sobre el arte en la época del reno. E. PIETTE: *L'art à l'âge du renne*, 1909, para las esculturas, y para la pintura, la obra de CARTAILHAC y BREUIL: *La caverne d'Altamira*, 1909, son las obras fundamentales. Muchos artículos de BREUIL: *L'art quaternaire et les travaux de Piette. Les peintures rupestres de Cogul, L'abri du Cap Blanch*, etc., han sido publicados en la revista *L'Anthropologie*, de París.— Sobre los monumentos de las Baleares. CARTAILHAC: *Les monuments mégalithiques des illes Baleares*.— Sobre los nuragas sardos, varios artículos de Taramelli en *Scavi della antichità*, de la Academia dei Lincei, y artículos de Mackenzie en *Ausonia*, de Roma, 1909.— Sobre Stonehenge, artículos en la revista de la Sociedad de Ingenieros de Londres, 1902. Dos excelentes manuales de Arqueología prehistórica son la obra de SOPHUS MULLER: *Urgeschichte Europas*, 1905 (existe una traducción francesa), y el *Manuel d'archéologie préhistorique*, París, 1905, de DECHELLETE.— Son útiles, casi tratados especiales: *Guide of the British Museum Stone age*, 1902, y el *Catalogue des antiquités nationales du Musée de Saint-Germain*, París.

REVISTAS.— *L'Anthropologie*, París. *Bulletino paleontologia italiana*, Parma. *Man*, Londres. *Portugalia*, Oporto. *Prähistorische Blätter*, Munich. *Zeitschrift für ethnologie*, Berlín.

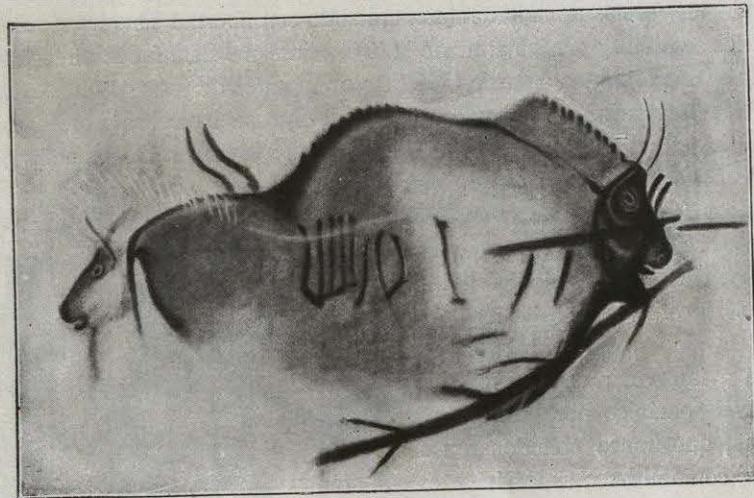


Fig. 61.— Bisonte con signos mágicos, pintado en la caverna de Marsoulas.



Fig. 62.— Pirámides de Abusir, del faraón Ne-user-Re, exploradas por la Sociedad Alemana del Oriente. (Reconstrucción de Borchardt.)

### CAPÍTULO III

#### EL EGIPTO PREFARAÓNICO.— EL ARTE DE LAS PRIMERAS DINASTÍAS

DESDE la más remota antigüedad, ha sido considerado el Egipto como el abuelo venerable de todos los pueblos. Cuando Platón visitó los santuarios del valle del Nilo, los sacerdotes de Tebas le recibieron orgullosos de su pasado, declarando despectivamente que, para ellos, los griegos serían siempre unos niños. Herodoto, el historiador viajero, ávido como un hombre moderno de sensaciones arqueológicas, regresa de su viaje por Egipto sugestionado con la misma idea de su antigüedad y creyendo ver en los dioses egipcios el origen del Panteón helénico. Para Diodoro, «los primeros hombres nacieron en Egipto, por causa de la adecuada temperatura del país y las propiedades físicas del Nilo, cuyas aguas fecundas pudieron nutrir á los primeros seres que recibieron la vida». Más tarde, en la época imperial romana, se visitó el valle del Nilo por moda y con la misma afición que se empieza á despertar

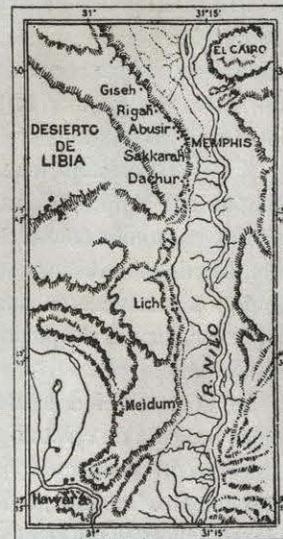


Fig. 63.— Situación de las pirámides en el Bajo Egipto.

hoy entre el turismo internacional. El rico senador, la cortesana, el hombre de ciencia y la muchacha joven, intelectual emancipada, como la norte-americana de nuestros días, quisieron conocer aquel país famoso, que era la cuna de la humanidad. El viaje se hacía cómodamente por mar hasta la boca del Nilo, después se remontaba el río hasta el Alto Egipto; los templos de Philé, en las primeras cataratas, están llenos de nombres y grafitos de los turistas de la época romana. Los escritores, como Plinio, hablan de las pirámides como de un monumento familiar, y sólo más tarde Filón se tomó el trabajo de describirlas para un público que empezaba á olvidarse de sus particularidades.

En la Edad media, el Egipto antiguo se reduce para Europa á las pirámides. Los peregrinos, en sus itinerarios de Palestina, las describen sumariamente en su escala obligatoria del Cairo, para recoger los permisos necesarios para visitar los Santos lugares. Los árabes, por codicia y curiosidad, violan los enormes monumentos que se levantan cerca de la capital. Tienen también conciencia de su antigüedad. «Todas las cosas temen al tiempo,—dice Abd-ul-Latif,—pero el tiempo tiene miedo á las pirámides».

Durante el Renacimiento, el Egipto permanece desconocido, como la misma Grecia; sólo se conocen los obeliscos y las esculturas que los romanos habían trasladado á Italia, arrancándolos de los monumentos antiguos. Delante de las estatuas de pórfido y los obeliscos de Roma, los eruditos del Renacimiento admiraban su labra maravillosa, el pulimento de las piedras duras, la técnica y su antigüedad, pero no gozaban del secreto encanto del arte egipcio. Ellos fueron los que empezaron á dar vida á la fatal leyenda, creída aún demasiado, de que el Egipto era, no sólo el pueblo más antiguo, sino también un pueblo inmóvil, cerrado al progreso, sin la movilidad incesante de las escuelas vivas. El último de todos, Winckelmann, recuerda sólo la frase de Estrabón, «que las Gracias eran divinidades desconocidas en Egipto.»

El Egipto puede decirse, pues, que fué *descubierto* por la expedición francesa dirigida por Bonaparte, á principios del siglo pasado. A imitación de Alejandro, que se hizo acompañar en la conquista de la India por los más ilustres naturalistas, geógrafos é historiadores griegos de su tiempo; asimismo, el Primer cónsul se hizo acompañar de los hombres de ciencia más eminentes de Francia, á cuyas investigaciones debemos el primer paso para el moderno conocimiento del Egipto. Cuando, pocos años más tarde, la *Commission* publicó los primeros tomos colosales de la famosa obra: *Description de l'Égypte*, Bonaparte, á quien iba dedicada, era ya entonces Napoleón *le Grand*, y constituyen uno de los monumentos más perdurables de la gloria del gran emperador, los volúmenes, llenos de planos y grabados, de sus colaboradores científicos en la campaña de Egipto.

De la expedición de Bonaparte derivan los derechos y la tradición de la escuela francesa de egiptología. A los dos Champollion sucedió el ilustre Mariette, el que exploró las necrópolis de Menfis, Sakkarah, el Serapeum y la mayor parte de los templos tebanos; á Mariette ha sucedido actualmente Maspero, director de la escuela francesa del Cairo é iniciador del nuevo museo de la capital. Tan extraordinarios debían ser los servicios de Francia en el estudio del Egipto, que á pesar de *l'entente cordiale*, por la que la república cedió á Inglaterra todos sus

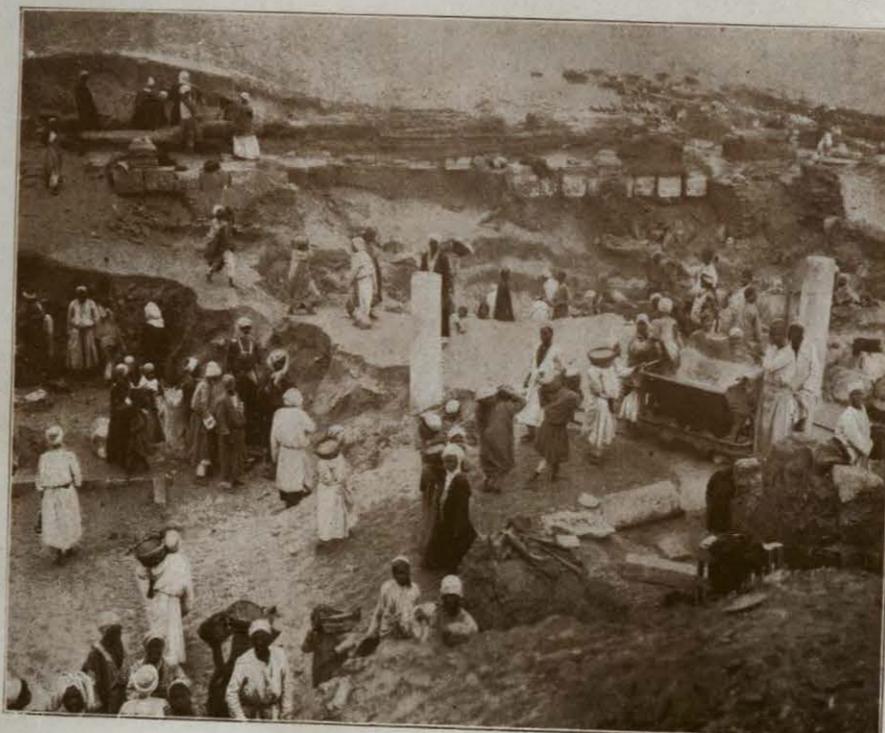


Fig. 64.—Trabajos de excavación cerca de las pirámides de Sakkarah, dirigidos por la comisión de la Universidad de San Francisco de California.

derechos al valle del Nilo, lo mismo Inglaterra que el gobierno del Kediye reconocieron que á Francia correspondía la inspección oficial de las antigüedades y que á la escuela francesa del Cairo tocaba el primer lugar en el trabajo de excavación de los monumentos antiguos.

No obstante, un Comité de iniciativa privada, el *Egypt Exploration Fund*, creado en Londres para activar ciertas excavaciones, colabora de acuerdo con los franceses donde la labor de éstos es insuficiente, y los institutos arqueológicos alemanes é italianos, y las universidades americanas, tienen también comisiones casi permanentes de excavación.

Durante el invierno de 1908-1909, por ejemplo, las excavaciones en Egipto fueron, además de las efectuadas por las comisiones francesas que exploran la frontera en la isla de Elefantina; las de los alemanes, que están cerca de ellas; la de M. Schiaparelli en Deir-el-Medinet, por cuenta de lord Carnarvon; las de M. G. Davies, cerca de Gournah, por cuenta del Museo Metropolitano de Nueva York, y las de la Universidad de California en Sakkarah (fig. 64). A pocos metros de la esfinge de Gizeh, el conde de Gallarza, guiado por un manuscrito árabe, hizo practicar un gran pozo en la arena, buscando un tesoro; desalentado abandonó la excavación, que fué continuada por el Servicio de antigüedades, descubriendo la tumba de una princesa de la familia de Keops. M. Lefebre excavó las ruinas de la antigua Theadelphia, encontrando multitud de papiros é inscripciones en lengua griega. Los Sres. Naville, Ayrton y Legge, por cuenta del

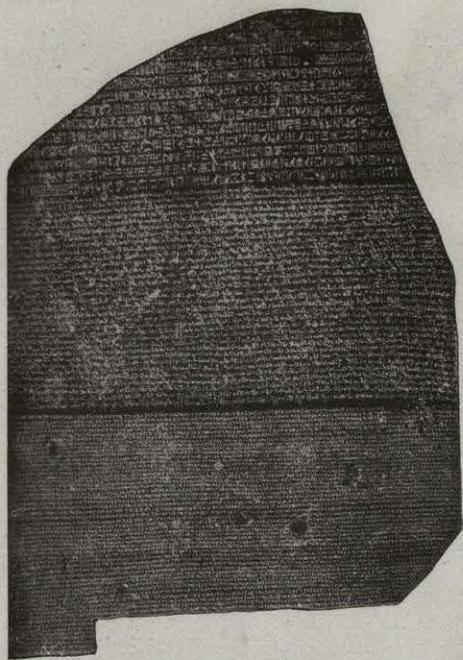


Fig. 65. — La famosa piedra hallada en Roseta, con una inscripción trilingüe.

*Egypt Exploration Fund*, buscando monumentos de la época faraónica exploraron una necrópolis prehistórica situada al Oeste de Abydos. Tales son los trabajos llevados á cabo sólo en 1909, y ellos nos darán una idea de la múltiple variedad de iniciativas que colaboran á la exploración del Egipto.

Además, ya es sabido que el descubrimiento en Roseta de una piedra con una inscripción trilingüe, en griego, en escritura demótica y en jeroglíficos (fig. 65), permitió interpretar éstos últimos, y con su ayuda, la historia y el conocimiento del Egipto han avanzado enormemente. La cronología de las dinastías se ha aclarado casi por completo, la lectura de las inscripciones y papiros no presenta ninguna dificultad y cada día se publican nuevos textos; las imprentas acadé-

micas disponen hoy de los tipos móviles jeroglíficos como una cosa corriente; se traducen los libros sagrados, y las obras literarias de las más lejanas dinastías. El viejo mundo egipcio, con sus dioses y barcas funerarias, su moral extraña, de palabras obscuras aun para nosotros, está renaciendo; su espíritu se incorporará de nuevo á la humanidad y viviremos más ricos con sus ideas, como hoy circulan ya por nuestra sangre asimiladas las ideas griegas y orientales.

Una de las cosas más emocionantes y afortunadas de la arqueología moderna, ha sido el descubrimiento de los orígenes del arte de este antiquísimo pueblo, que aparece desarrollado y maduro cuando Grecia y las demás naciones mediterráneas no habían salido aún de las tinieblas de la vida prehistórica.

Hasta hace poco, los monumentos más antiguos que se conocían del Egipto eran las pirámides, contemporáneas de la tercera dinastía y viejas, pues, como de tres mil años, antes de Jesucristo. Por aquella época el Egipto había llegado á producir un tipo monumental perfecto, tenía ideas propias, poseía cierto estilo arquitectónico y un arte nacional. Lo más singular era que no se conocían aún los tanteos preliminares de las pirámides; para llegar á resolver estos monumentos de formas tan simples, pero precisas, no se veían las vacilaciones de ensayos anteriores. La escuela artística del Egipto había nacido, pues, como Minerva, sin los dolores del parto, armada de casco y lanza de la cabeza de Júpiter.

Tan convencidos estaban los arqueólogos de que en Egipto no había nada anterior á las pirámides, que se negó rotundamente una posible edad de piedra en el valle del Nilo. ¿A qué edad remontaría, pues, un Egipto pre-

faraónico? Aquel pueblo excepcional, ¿había pasado también por las miserias de una edad de piedra, y el antiquísimo imperio tendría, pues, un antecesor prehistórico?

Y no obstante, desde el año 1869, en que Arcelin presentó en un congreso de arqueología los primeros sílices recogidos en el valle del Nilo, el problema de los orígenes del arte en Egipto no ha cesado de apasionar. Mariette, creyendo que esto disminuiría el carácter maravilloso de su antiguo imperio, se negaba á la evidencia, combatiendo á Arcelin en estos precisos términos: «Los antiguos egipcios estaban de acuerdo en asegurar que su arte no había tenido infancia. Los monumentos y objetos artísticos más antiguos, son los que llevan el carácter de una civilización más avanzada. Cuando los egipcios vinieron á establecerse en el valle del Nilo, habían llegado al apogeo de su civilización. Los instrumentos de piedra no pueden serles, pues, atribuídos; pertenecieron á lo más á la época faraónica, ya que, según

Herodoto, los sacerdotes egipcios usaban útiles de sílex para preparar las momias y como instrumentos de cirugía...» Á lo que replicaban los prehistoristas, naturalmente, que el uso de los sílices tallados para el rito funerario de preparar las momias ó para un servicio religioso como era entonces la cirugía, demostraba que había existido un tiempo en que la piedra era el material único, porque precisamente es en las prácticas sagradas donde se perpetúan los recuerdos tradicionales de la antigüedad. El sílex, empleado en los usos religiosos, era el superviviente del pasado prehistórico, que se conservaba en medio de los mayores cambios, progresos y transformaciones industriales (fig. 66).

Hoy se siguen con el mayor empeño los descubrimientos de este Egipto prehistórico; él habrá de darnos la cronología de las edades humanas más remotas. Mientras en el resto del mundo antiguo sólo podemos fijar las edades neolíticas por el estudio geológico de los terrenos, el Egipto está destinado á ser el punto de unión entre la prehistoria y los tiempos históricos; él nos indica también que antes de las pirámides, 4.000 años, pues, antes de Jesucristo, el hombre mediterráneo estaba suficientemente preparado para emprender la conquista de una civilización superior.

Antes de la llegada de unos conquistadores extranjeros, probablemente orientales, los antiguos habitantes del valle del Nilo vivían desnudos, tatuados y pintados, como la generalidad de las tribus neolíticas europeas (fig. 67). Este

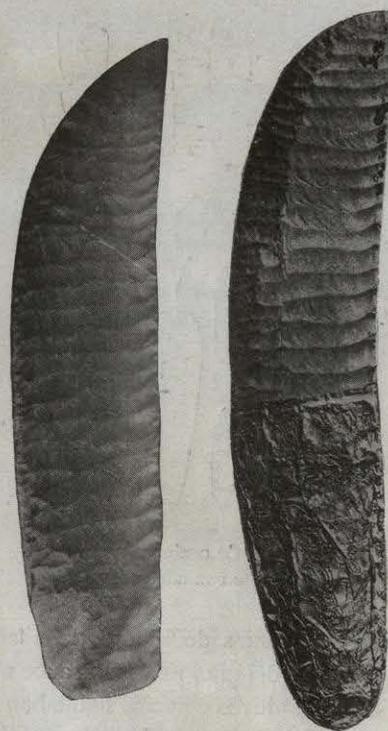


Fig. 66. — Cuchillos de sílex del Egipto prefaraónico. Uno de ellos con mango de plancha de oro.

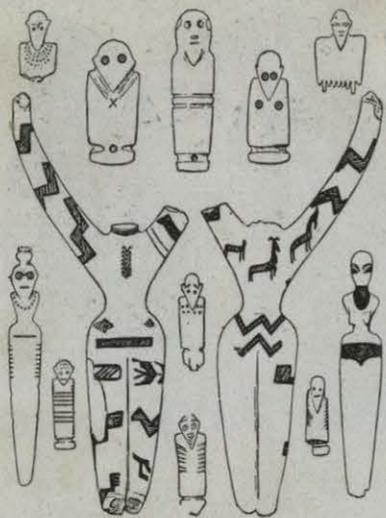


Fig. 67. — Figurillas de cerámica prehistórica del Egipto con tatuajes.

Los primitivos egipcios habitaban chozas de arcilla apisonada, sin otra abertura que la de la puerta. Los ricos únicamente las tenían tan capaces, que fuera necesario sostener el techo con uno ó dos pilares. El ajuar doméstico no era otro que la pobre vajilla hecha á mano, los cuchillos y rascadores de sílex y las piedras planas para moler el grano, dos ó tres cofres y los colchones de paja tejida. Mucho tiempo antes de los comienzos del Egipto histórico, los invasores extranjeros enseñan á los egipcios el uso de los metales, y los útiles antiguos poco á poco quedaron reservados á la nobleza y al clero, como emblemas de autoridad ó instrumentos litúrgicos.



Fig. 68. — Cerámica prefaraónica.

tocado se conservó mucho tiempo en las clases bajas, así como la costumbre de acentuarse las líneas de las cejas y los párpados con el *kohol* perfumado, que podemos ver en los frescos de los templos faraónicos. Capart publica también grabados y pinturas prehistóricas que halló en las rocas y cuevas del Alto Egipto, que son otro arte de este pueblo primitivo, y los dólmenes han aparecido en la Nubia, exactamente iguales á los europeos. La cerámica ordinaria es basta y casi siempre sin decoración; á veces lleva dos colores: el del fondo es rojo brillante, pulimentado con la piedra, y muestra pájaros pintados, barcas y gacelas, entre líneas onduladas (fig. 68). Estas pinturas de los vasos nos revelan muchos detalles de la vida de los pri-

mitivos habitantes de Egipto, de la fauna y de la flora que poblaban las islas y los pantanos del gran río, cuyo cauce no estaba formado todavía.

Los primitivos egipcios habitaban chozas de arcilla apisonada, sin otra abertura que la de la puerta. Los ricos únicamente las tenían tan capaces, que fuera necesario sostener el techo con uno ó dos pilares. El ajuar doméstico no era otro que la pobre vajilla hecha á mano, los cuchillos y rascadores de sílex y las piedras planas para moler el grano, dos ó tres cofres y los colchones de paja tejida. Mucho tiempo antes de los comienzos del Egipto histórico, los invasores extranjeros enseñan á los egipcios el uso de los metales, y los útiles antiguos poco á poco quedaron reservados á la nobleza y al clero, como emblemas de autoridad ó instrumentos litúrgicos. Á estos conquistadores extranjeros hay que concederles el honor de haber establecido la constitución civil y engendrado la civilización del Egipto. Separadas primeramente las tribus en pequeños clanes independientes, quedó el recuerdo de este régimen feudal hasta los tiempos faraónicos, con los famosos *nomos* ó

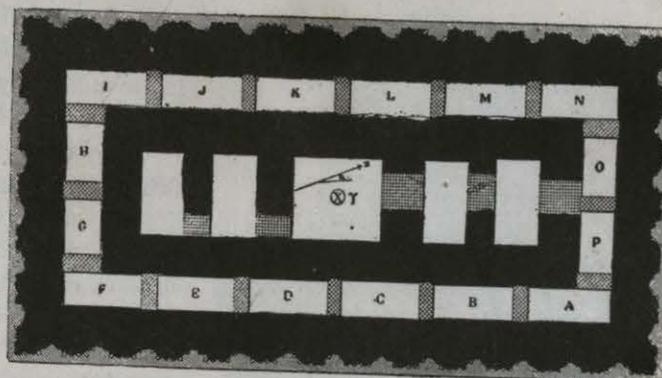


Fig. 69. — Planta de la tumba de Menes, el primer faraón.

provincias á lo largo del Nilo. Poco á poco, los pequeños Estados se fueron absorbiendo en dos grandes principados: del Alto y Bajo Nilo; un primer faraón, llamado Menes, reunió ambos gobiernos, fun-

dando á Menfis, la primera capital, é inaugurando la primera dinastía. Menes parece el tipo acabado del monarca faraónico, legislador y soldado, y gran constructor además, edificando el legendario templo nacional de Phtah, del que ningún resto se ha podido reconocer todavía. Tanto Menes como sus descendientes directos, ocupaban hasta hace poco en la historia un lugar mitológico; las fábulas y leyendas de estas primeras dinastías se habían creído pura invención de los genealogistas faraónicos. Y no obstante, excavaciones muy recientes nos han dado á conocer monumentos no sospechados de este período, y hoy tenemos datos considerables de este Egipto primitivo, en todo el período que media desde la disgregación de las tribus prehistóricas y la ocupación de los invasores orientales hasta las poderosas dinastías que levantaron las pirámides. Morgan, excavando cerca de Negadah, encontró la tumba preciosa de Menes, el fundador, y el mismo Morgan y otros exploradores han descubierto otras sepulturas de monarcas y altos dignatarios de las primeras dinastías anteriores á las pirámides.

El dualismo de las poblaciones del Egipto predinástico se reconoce en seguida por las sepulturas: mientras los primitivos naturales del valle del Nilo entierran en el suelo, en pozos circulares, los conquistadores orientales lo hacen en hipogeos de ladrillo, revelación de un rito funerario completamente distinto. La tumba del faraón Menes, por ejemplo, encontrada por Morgan en Negadah (fig. 69), tenía en su interior una primera construcción provisional que había sido quemada, junto con el cadáver y su ajuar mortuario, sus vasos y alimentos. Después de haber hecho con la primera tumba una gran pira funeraria, la ruina y las cenizas habían sido encerradas por una segunda pared exterior decorada con estrías verticales (fig. 70), semejantes á las que usaban para decorar sus edificios los primitivos monarcas cal-

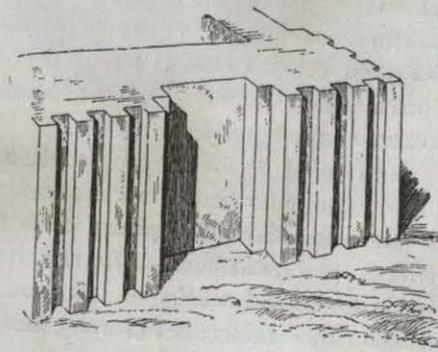


Fig. 70. — Estrías decorativas en el exterior de la tumba del primer faraón Menes, en Negadah.



Fig. 71.—Pizarra con relieves de la época prefaraónica del Egipto.

aparecido en todo el valle del Nilo, y hoy se tiende á interpretar sus escenas en sentido histórico; la que publicamos (fig. 71) sería acaso la representación de un rey, el León (el rey de la tribu del León), con sus guerreros los cuervos, que combaten contra los aborígenes desnudos africanos.

En otra pizarra más completa (fig. 72) vemos, en cambio, las filas de los guerreros triunfantes, mientras que el león, que está representado dos veces, en una parte se defiende, aunque mal herido por varias flechas, y en la otra se retira ya fuera de combate, atravesado por seis dardos. Aquí sucumben también vencidos los compañeros del León, los cuervos, las ibis y sus confederados, las zorras, los gamos y la liebre.

A veces, en estas pizarras, vemos las figuras de animales encerradas cada una dentro de murallas con almenas, lo que no deja duda de que son, pues, los animales representativos de cada una de las tribus en que se dividía el Egipto. El león parece ser el jefe de una de estas coaliciones feudales y el que en definitiva centraliza el poder en una sola capital. Estos animales simbólicos, que en los días prehistóricos fueron el blasón ó el espíritu protector de las tribus, en la época faraónica continuán siendo adorados por cada ciudad, que tenía entre sus dioses un animal predilecto.

En cambio, de los antiguos pobladores indígenas ó naturales del valle del Nilo, quedan subsistiendo muchas costumbres en los nuevos tiempos del imperio faraónico. Mirando la pizarra de la fig. 72, vemos sus pelucas esféricas, su barba postiza como llevaban los monarcas de las primeras dinastías y su corto vestido tradicional del Egipto. Las armas de los guerreros de esta pizarra son también muy curiosas: llevan arco y flechas, y la maza pendiente de la cintura; además, el hacha doble de dos aletas, con largo mango, y el lazo, que se arroja diestramente para enredarlo en los cuernos de un ciervo.

deos. Las estrías exteriores del monumento real de Negadah son inconfundibles, y ellas solas bastarían para fijar la procedencia de los conquistadores del Egipto, que debían ser después la raza preponderante en el imperio faraónico. Pero, además, la tumba de Menes tiene en su núcleo interior, y entre éste y las paredes exteriores, una serie de cámaras, A, B, C..., donde depositaban los objetos propios del difunto, sus vasos con jeroglíficos primitivos, que se asemejan á los caldeos, y sobre todo algunas pizarras con relieves, de arte también muy semejante al de las poblaciones caldeas del delta del Éufrates. Estas características pizarras esculpidas del Egipto prefaraónico han

De esta mezcla, pues, de las dos razas, se constituye el Egipto de las primeras dinastías. Hay aún un cierto período de vacilación entre la doble naturaleza del pueblo y la casta dominadora, pero en la tercera dinastía las ideas de muerte y la liturgia funeraria vienen á ser, con poca diferencia, las que perdurarán ya en Egipto hasta la época romana. Ya no se quema el cadáver para que vaya directamente al mundo superior, sino que hay que salvarlo á toda costa de su total destrucción, y para ello se esconderá la momia por todos los medios posibles y además se reproducirá la imagen del difunto en pinturas y esculturas, para que subsista en efigie, por si llegaran á desaparecer sus restos materiales.

Mientras la capital se halla en Menfis, los monumentos funerarios egipcios son de dos tipos: las tumbas comunes, para los altos funcionarios, que se ha convenido en llamar *mastabas*, y las tumbas reales, cuyo elemento principal es la pirámide.

Las excavaciones de Mariette en la plataforma de arenas que se extiende á la orilla derecha del Nilo, cerca de Menfis, pusieron al descubierto una de las necrópolis más importantes de la capital del Bajo Egipto. El aspecto general de esta ciudad de los muertos ya había llamado la atención de la comisión francesa de la campaña napoleónica. «Hasta el pie de las grandes

pirámides se distinguen enterradas en la arena una gran cantidad de construcciones rectangulares y casi oblongas, completamente orientadas.» Son las *mastabas*, llamadas así del nombre egipcio *mastaba*, que quiere decir sofá, porque tienen, en efecto, la forma de un diván (fig. 73). La exploración de las mastabas de la necrópolis de Menfis ha suministrado los principales documentos para el estudio del Egipto de las primeras dinastías. Por sí mismas son ya una cons-



Fig. 72.—Pizarra con relieves de la época prefaraónica del valle del Nilo.